

EL ATLAS LINGÜÍSTICO DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Hace apenas un año que se publicó el primer tomo del *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica* (ALPI), con el cual se empieza a dar cima a una empresa iniciada hace más de treinta años. Dado el desconocimiento casi absoluto que de la Geografía lingüística se tiene en México¹ y la indiferencia con que se ha recibido esta notable publicación en nuestro medio, juzgo que no resultará del todo inútil —al menos para nuestros estudiantes— presentar aquí un breve resumen de la historia de la cartografía lingüística y hacer algunos comentarios, aunque superficiales, sobre las principales cuestiones metodológicas que plantea el ALPI.

La idea del Atlas lingüístico de España brotó, casi a comienzos de siglo, en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, que dirigía don Ramón Menéndez Pidal. Desde un principio, fue designado director de la vasta empresa don Tomás Navarro Tomás, quien hizo los primeros proyectos y se encargó de todos los preparativos necesarios. Terminados éstos en 1923 (cf. *Rev. de Filología Española*, X, p. 112), pudo darse por superada la etapa de gestación teórica y pasarse a la de realización. Para aquel entonces, Tomás Navarro había ya aleccionado y preparado convenientemente a seis lingüistas, que serían los encargados de realizar las investigaciones en el campo y de recoger todos los materiales; con ellos había hecho ya varias "excursiones preparatorias" y había explorado las principales regiones dialectales de España. Pero no fue sino hasta la primavera de 1931 cuando pudieron comenzarse las encuestas de manera sistemática y continuada. Durante casi seis años se desarrollaron éstas ininterrumpidamente.

¹ En general, los estudios dialectales se mantienen todavía en estado embrionario en México. De las distintas modalidades de la lengua española hablada, la de nuestro país sigue siendo una de las peor conocidas. Por el momento, las monografías dialectales sobre el español de México hechas con criterio científico no pasan de la media docena —si es que alcanzan tan exigua cantidad. Las únicas modalidades del español hablado en México que se han investigado con cierto detalle son la de la capital de la República (y no en todos sus aspectos, sino casi exclusivamente en el fonético), la de la ciudad de Guanajuato y —tal vez pueda incluirse en esta relación— la de Yucatán. Daniel N. Cárdenas realizó también una investigación seria sobre el habla de Jalisco, pero desgraciadamente no ha podido salir a la luz todavía; catorce años después de acabada.

te, hasta que en el verano de 1936 la guerra civil obligó a suspender las actividades, cuando el proyecto estaba entrando en su fase final. En aquel momento se habían completado ya las encuestas correspondientes a los sectores castellano, leonés, andaluz y aragones; estaban muy avanzadas las investigaciones en los sectores catalán y gallego; y se habían iniciado las correspondientes al sector portugués. De las 525 localidades que, en un principio, se pensaba estudiar, habían sido ya visitadas y analizadas unas 350.² Al término de la guerra civil, el profesor Navarro emigró a Francia y posteriormente a Nueva York, llevándose consigo todos los materiales hasta entonces reunidos. Allí los conservó, cuidándolos con todo celo, hasta 1950, año en que hizo entrega de ellos a sus antiguos colaboradores, Manuel Sanchis Guarner y Lorenzo Rodríguez Castellano, quienes se habían encargado, en España, de continuar la empresa.³ Ésta se había reanudado en 1947, cuando el equipo formado por los profesores Moll y Sanchis puso fin a las encuestas que habían quedado pendientes en Cataluña y Asturias. En 1952 se concluyeron las investigaciones en el Rosellón, con lo cual se completaron las encuestas del sector catalán. Finalmente, en 1953, se reanudaron las investigaciones en el dominio portugués, con la colaboración del Instituto de Alta Cultura de Lisboa. Tres años más tarde, quedaron terminadas todas las encuestas previstas, y se dio fin al acopio de materiales. Se estudiaron entonces todos ellos y se procedió a cartografiarlos rápidamente.

Aparece el *Atlas lingüístico de la Península Ibérica* con más de medio siglo de retraso en relación con los primeros atlas dialectales de la Rumania. En efecto, ya en 1902 se había empezado a publicar en París el *Atlas linguistique de la France* (ALF), obra colosal de Jules Gilliéron y de su colaborador Edmont Ed-

² Cf. EUGENIO COSERIU, *La geografía lingüística*, Montevideo, 1956, p. 21.

³ Cf. MANUEL SANCHIS GUARNER, *La cartografía lingüística en la actualidad y el Atlas de la Península Ibérica*, CSIC, Madrid, 1953; p. 34. Al recuperarse los materiales, se depositaron en el Instituto Miguel de Cervantes (de Filología Hispánica) del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de Madrid, institución heredera y continuadora del Centro de Estudios Históricos. Quedó encargado de dirigir las actividades finales de la empresa y de ocuparse de su publicación D. Rafael de Baldín, con la supervisión de Menéndez Pidal. El profesor Sanchis Guarner fue designado coordinador durante esta etapa final, y fue él quien se encargó de unificar los criterios de transcripción, de dirigir la confección de los mapas y de, llegado el momento, corregir las pruebas.

mont, simple comerciante poseedor de un fino oído y persona sumamente interesada por las cuestiones léxicas dialectales.⁴ Los 36 fascículos que componen esta obra —guía y punto de arranque de todas las que habían de seguirla y aun superarla— se acabaron de publicar en 1910. Comprende el ALF 1920 mapas lingüísticos, en los que figuran 639 localidades francesas.

La primera réplica del ALF apareció precisamente en la Península Ibérica: se trata del *Atlas Lingüístic de Catalunya* (ALC), de Monseñor Antoni Griera, cuyo primer tomo se publicó en Barcelona en 1923. El ALC es, íntegra y exclusivamente, obra del P. Griera, quien la concibió como una continuación meridional del ALF. El cuestionario utilizado por Griera, el método seguido, el alcance de las encuestas, son imitación directa del atlas francés. Sin embargo, el elevado número de preguntas y la densidad de localidades elegidas para tan reducido territorio como el de Cataluña, habrían hecho del ALC uno de los atlas más ricos y detallados de la Rumania. Desgraciadamente la guerra civil española interrumpió la empresa y fue causa de que se perdiera la mayoría de los materiales; con la aparición, en 1939, del tomo V del ALC (último que llegó entonces a publicarse) se completaron solamente 858 mapas, del total de 2886 que el autor había proyectado (cf. SANCHIS GUARNER, *op. cit.*, pp. 30-31). Actualmente se están reimprimiendo esos cinco tomos y se anuncia la publicación de los restantes.

Seguidores más originales de Gilliéron fueron sus dos discípulos suizos, Karl Jaberg y Jakob Jud, profesores de las universi-

⁴ Si bien es incuestionable que la obra de Gilliéron origina una verdadera revolución en los estudios sobre la lengua hablada, y que su autor debe ser considerado, en la más elemental justicia, como el creador de la cartografía lingüística, no es posible tampoco olvidar los nombres de otros lingüistas que fueron, en cierto modo, precursores del ALF. En 1881 publicó G. Wenker en Estrasburgo un breve fascículo con seis mapas fonéticos correspondientes a una zona dialectal de habla alemana; en 1895, H. Fischer editó un Atlas de Suevia que incluía 28 mapas; y entre 1898 y 1909 fue publicando Gustav Weigand el primer atlas rumano (*Linguistischer Atlas des dacorumänischen Sprachgebietes*), formado por 67 mapas, también fonéticos, en los que estudiaba 752 localidades. Sin embargo, el mismo Gilliéron se había anticipado a ellos, al publicar, en 1880, su *Petit Atlas Phonétique du Valais roman* (cf. Coseriu, *op. cit.*, p. 15). El ALF tiene, además de su magnitud y de su rigor metodológico, un mérito más sobre todos los anteriores: el de ser el primer atlas lingüístico en que se hace la exposición cartográfica de los fenómenos morfológicos y léxicos, y no sólo de los fonéticos (cf. KARL JABERG, *Geografía lingüística*. Trad. de A. Llorente y M. Alvar. Universidad de Granada, 1959; p. 11).

dades de Berna y Zurich, quienes en 1928 empezaron a publicar en Zofingen el *Sprach- und Sachatlas Italiens und der Südschweiz* [Atlas lingüístico-etnográfico de Italia y de la Suiza meridional = AIS]. Muchas son las innovaciones de importancia que aparecen en el AIS: sus directores, Jaberg y Jud, encargaron de las encuestas a tres lingüistas que habían de alcanzar gran renombre (P. Scheuermeier, G. Rohlfs y M. L. Wagner) y repartieron entre ellos el extenso territorio que se iba a someter a estudio. En las encuestas se utilizaron tres cuestionarios de distinta extensión, si bien sólo uno de ellos —el intermedio— se empleó sistemáticamente, de tal modo que en los ocho volúmenes de que consta la obra (terminada en 1940) se reúnen 1705 mapas en los que figuran las respuestas de 407 localidades. Y, además, el AIS fue el primer atlas de alcance no sólo lingüístico, sino también etnográfico; en él se estudian, a la vez que las palabras, las cosas por ellas designadas, de manera que a los mapas lingüísticos se añaden casi dos mil dibujos de objetos y utensilios populares y más de cuatro mil fotografías.⁵

Sigue la ruta trazada por el AIS el *Atlante linguistico etnografico italiano della Corsica* (ALEIC; Pisa, 1933-1942; 10 vols.), obra entera y exclusiva —como en el caso de Monseñor Grier— del lingüista italiano Gino Bottigliani, que supera plenamente al anterior *Atlas linguistique de la France: Corse*, realizado entre 1914 y 1915 por Gilliéron y Edmont como simple continuación del ALF. Bottigliani inició las encuestas en 1928, y se entregó a ellas por espacio de casi cinco años, hasta que consiguió levantar dos mil mapas en un total de 55 localidades.

Dadas las limitaciones del atlas rumano de Weigand (cf. nota 4), el profesor Sextil Puşcariu, con la colaboración de dos dialectólogos ilustres, Sever Pop y Emil Petrovici, inició en 1938, en la Universidad de Cluj, la publicación de un nuevo *Atlasul lingvistic român* (ALR), que en realidad está formado por cuatro atlas distintos que se complementan mutuamente. En efecto, tanto Sever Pop cuanto Emil Petrovici han recorrido todo el territorio rumano —pero siguiendo *dos redes diferentes* de localidades— investigando el habla popular con la ayuda de *dos cuestionarios distintos*. Por otra parte, ambos lingüistas investigaron con mucho mayor detalle ciertas cuestiones de especial interés, que resultaban del estudio mismo de los datos reunidos en las encuestas normales. Como los frutos de estas diversas

⁵ Cf., a este respecto, el artículo de JAKOB JUD, "La valeur documentaire de l'Atlas Linguistique de l'Italie et de la Suisse méridionale", en *Revue de Linguistique Romane*, IV (1928), pp. 251-289.

actividades se han publicado por separado, resulta así que el ALR está constituido en realidad por *cuatro* atlas particulares: 1) *Atlasul lingvistic român*—Parte a I, realizado por S. Pop; 2) *Atlasul ling. român*—Parte a II, debido a E. Petrovici; 3) *Micul Atlas ling. român*—Parte a I, obra también de S. Pop (con las cuestiones especiales de mayor interés); y 4) *Micul Atlas ling. român*—Parte a II, de E. Petrovici (y de igual carácter).⁶ La segunda Guerra Mundial interrumpió la publicación de esta obra extraordinaria y fue causa de que se perdiera una buena parte del material reunido entre 1930 y 1937. No obstante, una vez terminado el conflicto, Emil Petrovici reanudó la empresa, y en 1961 se había llegado a publicar ya un tercer volumen del ALR.

El profesor Matteo Bartoli abrigaba, desde 1914, el proyecto de realizar un gran *Atlante linguistico italiano* (ALI), que no pudo poner en marcha hasta 1931; Bartoli contó, hasta el momento de su muerte, con la colaboración sucesiva de Giulio Bertoni, de Giuseppe Vidossi y de Ugo Pellis. Al fallecer el director de este proyecto, quedaron encargados de continuarlo G. Vidossi y B. Terracini. Los cuatro cuestionarios del ALI son los más completos de todos los utilizados hasta la fecha, si bien se usa normalmente un solo cuestionario reducido de unas 2500 preguntas; se ha dado también gran importancia al aspecto etnográfico y folklórico, como suele hacerse ya en la confección de todos los atlas lingüísticos.

En 1942, Albert Dauzat hizo pública una idea, en cierto modo revolucionaria, que albergaba al menos desde 1939: la de realizar un nuevo atlas de Francia, pero elaborado *por regiones*.⁷ Ciertamente el proyecto de Dauzat no surgía por generación espontánea; para entonces, varios dialectólogos franceses habían realizado ya, o estaban realizando, diversos trabajos de cartografía lingüística, en los que habían ido recogiendo las peculiaridades de las hablas de Normandía, las Landas, las Ardenas, los Vosgos, la Bretaña y de otras regiones de Francia; y el mismo Dauzat

⁶ Para todo lo relativo a la historia de los atlas lingüísticos, y en especial del rumano, cf. la obra fundamental del mismo SEVER POP, *La dialectologie. Aperçu historique et méthodes d'enquêtes linguistiques*, 2 vols., Louvain, 1950. (El tomo I se refiere a la "Dialectologie romane"; del ALR se incluye amplia información en las pp. 709-732). Cf. Además MANUEL ALVAR, *Historia y metodología lingüísticas. A propósito del Atlas de Rumanía*, Salamanca, 1951.

⁷ Lanzó esta idea en un breve folleto titulado *Le Nouvel Atlas Linguistique de la France par régions (NALF)*, Luçon, 1942. Se publicó también como artículo en la revista *Le Français Moderne*, X (1942), pp. 1-10.

estaba estudiando el habla de Auvernia.⁸ Pero todo ello se había hecho independientemente, de acuerdo con la preparación, personalidad e interés de cada investigador. Para que un atlas lingüístico por regiones sea realmente válido, es preciso estudiar todas y cada una de las zonas en que se divida el área total de acuerdo con los mismos métodos, siguiendo procedimientos comunes y procurando las mismas finalidades. Esto es lo que pretendía hacer Dauzat, y esto lo que la geografía lingüística actual parece haber aceptado casi unánimemente.⁹ En Francia arraigó pronto esta idea, cuyo primer fruto ha sido el *Atlas linguistique et ethnographique du lyonnais* de P. Gardette, que comenzó a publicarse en Lyon en 1950. En la actualidad se están realizando o se proyecta realizar otros muchos atlas regionales: Manuel Alvar ha publicado ya dos tomos de su *Atlas lingüístico-etnográfico de Andalucía* (ALEA), obra cumplida en un espacio de tiempo notablemente corto —en especial si se tiene en cuenta el tiempo que se ha necesitado en España para empezarse a publicar el ALPI. El mismo Alvar está preparando ya el atlas lingüístico de Aragón. Se ha presentado un proyecto para realizar un atlas de Portugal y Galicia independiente del de la Península Ibérica; se habla de hacer un atlas brasileño, también por regiones; y en Rumanía se han iniciado los preparativos para llevar a cabo una tarea semejante (cf. M. ALVAR, *Los nuevos atlas*, pp. 14-15).

En América, la situación de la geografía dialectal es sencillamente lamentable. Por el momento, sólo disponemos de un pequeño Atlas de Puerto Rico, hecho por Tomás Navarro e incluido en su libro sobre *El español en Puerto Rico. Contribución a la geografía lingüística hispanoamericana*, Río Piedras, 1948. Consta de 75 mapas solamente, en los que se recogen datos fonéticos y léxicos de 41 localidades de toda la isla. Desde hace años se viene preparando en el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá un atlas colombiano, bajo la dirección de Luis Flórez.¹⁰ Y últimamente se había proyectado hacer lo mismo en Costa Rica.

⁸ Cf., a este respecto, MANUEL ALVAR, *Los nuevos atlas lingüísticos de la Rumania*, Universidad de Granada, 1960; en especial, pp. 12-13.

⁹ Aunque Sever Pop no dejó de hacer reparos al proyecto y de mostrar cierto escepticismo; cf. su obra ya mencionada *La dialectologie*, pp. 136-151.

¹⁰ De las labores que allí se están realizando dan cuenta las siguientes publicaciones: T. BUESA OLIVER y L. FLÓREZ, "El Atlas lingüístico-etnográfico de Colombia. Cuestionario preliminar", *Boletín del Instituto Caro y Cuervo* (Thesaurus), X (1954), pp. 147-315; Luis Flórez, "Proyecto de un atlas lingüístico-etnográfico de Colombia", *Orbis*, V (1956), pp. 391-392; L. Flórez, "De geografía lingüística", *Bol. del Inst.*

Aunque la idea del *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica* nació a la sombra del ALF de Gilliéron, hay que advertir que son muchas las mejoras que, desde el punto de vista metodológico, ofrece el ALPI con respecto a su modelo. Empezando por la preparación del cuestionario: Una de las precauciones que resulta obligatorio tomar es la de recorrer previamente, para explorarla aunque sea en forma superficial, la zona que va a ser objeto de la encuesta. El no haberlo hecho así fue una de las cosas que se censuraron en el cuestionario preparado por Gilliéron,¹¹ y que los directores del ALPI tuvieron muy en cuenta. Don Tomás Navarro, antes de redactar el cuestionario español, hizo varias exploraciones preparatorias en compañía de sus colaboradores, si bien es cierto que —sobre todo en la parte léxica— se sirvió, como punto de partida, de los cuestionarios utilizados en el ALF y en el AIS. Siguiendo a este último, tuvo en cuenta la necesidad de estudiar, no sólo las *palabras*, sino también las *cosas* por ellas significadas. De esta manera el ALPI no será solamente un atlas lingüístico —como lo fueron los de Gilliéron y Griera— sino además etnográfico, de acuerdo con los principios sostenidos por Jaberg en el AIS y admitidos por los autores de todos los atlas posteriores: Bottiglioni en el de Córcega, Puşcariu en el de Rumanía, Dauzat en el de Francia y Alvar en el de Andalucía. El cuestionario utilizado en la elaboración del ALPI está dividido en dos secciones: la Primera, que consta de 411 preguntas relativas a los problemas de Fonética, Morfología y Sintaxis, es decir, a la parte gramatical de la lengua; y la Segunda, dedicada al Léxico y a la Etnografía. Esta segunda parte se subdivide, a su vez, en dos distintas: la II G, formada por 417 preguntas, muchas de las cuales implicaban varias respuestas, y la II E, que fue la que se usó normalmente, constituida por 833 preguntas diferentes, cuyas contestaciones supusieron un total de unas 2000 respuestas, número muy semejante al del cuestionario del AIS.¹² Atentos al aspecto etno-

Caro y Cuervo, XIII (1958), pp. 188-192; T. Buesa y L. Flórez, *Cuestionario para el Atlas lingüístico-etnográfico de Colombia. Segunda redacción*, Bogotá, 1960; L. Flórez, "El Atlas lingüístico-etnográfico de Colombia (ALEC). Nota informativa", *Bol. del Inst. Caro y Cuervo*, XVI (1961), pp. 77-125.

¹¹ Cf. GINO BOTTIGLIONI, "La geografía lingüística", *Revue de Linguistique Romane*, XVIII (1954), pp. 143-160; v. especialmente p. 153.

¹² Son varios los cuestionarios que oscilan en torno a las dos mil preguntas; además del AIS y del ALPI, se aproximan a ese número el ALEIC de Bottiglioni y el ALR—I de S. Pop. El más rico es el ALL, pues incluye unas 7.000 palabras (cf. S. Pop, *La dia-*

gráfico de la empresa, los encuestadores "hicieron numerosas fotografías que permitían la confección de dibujos representativos de las variadas formas de los aperos, herramientas y utensilios tradicionales, muchos de los cuales han desaparecido ya en este último cuarto de siglo".¹³

Como se trataba de utilizar un solo cuestionario —y siempre el mismo— en todo el territorio de la Península, sus autores decidieron prescindir, en relación con el vocabulario de las labores agrícolas y ganaderas, "de cultivos e industrias regionales, ... de la pesca en todo el litoral y de la minería repartida en lugares muy particulares y en diversidad de materias" (cf. *Introducción*). Se trataba de evitar así que algunas de las preguntas del cuestionario no tuviesen respuesta en determinadas localidades. Pero con ello se han dejado de estudiar actividades tan representativas de ciertas regiones —tan vitales para ellas— como el cultivo del arroz en Valencia, del olivo en Andalucía, del maíz en el Norte ¡y toda la industria de la pesca en los largos litorales de la Península! Cierto que a los autores del cuestionario se les planteaba un dilema de difícil solución: si daban cabida a las actividades propias de cada región, las preguntas correspondientes a ellas no obtendrían respuesta en las demás regiones de la Península, y los mapas no serían siempre íntegramente "nacionales"; pero si admitían sólo cuestiones de alcance peninsular, plenamente hispánico, se veían obligados a ignorar todo el vocabulario referente al olivo y a la pesca, entre otras cosas, cercenando así la realidad lingüística y etnográfica de la Península. Optaron por esto último, sin tomar quizá en cuenta una solución intermedia: la posibilidad de emplear *varios* cuestionarios, uno de alcance general y otros de interés regional. Verdad es que la pluralidad de cuestionarios tiene sus inconvenientes —y no de poca importancia— y que plantea dificultades graves.¹⁴ Pero no

lectologie, pp. 602-603). Con base en el cuestionario utilizado en la Parte I del ALPI, ha publicado Tomás Navarro una versión refundida y ampliada, que los investigadores del español americano han utilizado provechosamente durante los últimos años; se trata del *Cuestionario lingüístico hispanoamericano. I: Fonética, morfología, sintaxis*, Buenos Aires, 1943 (2ª ed., Buenos Aires, 1945).

¹³ Cf. la *Introducción* puesta al frente del tomo I del ALPI, escrita probablemente por M. Sanchis Guarner.

¹⁴ Cf., por ejemplo, la opinión de dialectólogo tan autorizado y competente como Sever Pop: "Dès qu'on envisage l'étude d'un territoire plus étendu [que el de una sola región particular], la pluralité des questionnaires est, en pratique, difficilement maniable, puisqu'on doit connaître d'avance les résultats des recherches. Qui pourra me

insalvables. Se ha utilizado con buenos resultados en Rumanía y se está empleando sistemáticamente en el nuevo atlas de Francia. Contra la opinión de Sever Pop, parece más acertada la de Alvar: "Para explorar grandes dominios conviene un cuestionario general y otros adaptados a las peculiaridades de cada región"; la pluralidad de cuestionarios resulta, en cambio, "perfectamente inútil en los Atlas de pequeños dominios".¹⁵

Otra cuestión de método que plantea ciertos problemas es la que se refiere a la elección de las localidades que deben ser objeto del estudio. Gilliéron hizo una distribución simétrica, proporcional, de todo el territorio francés, pero sus continuadores advirtieron, en seguida, la "injusticia" lingüística que supone una distribución geométrica (cf. BOTTIGLIONI, *art. cit.*, p. 153). Para el ALPI, la elección de las poblaciones se hizo mucho más científicamente, con base en los estudios de dialectología hispánica disponibles, y atendiendo también a ciertos determinantes geográficos e históricos, de manera que la red de localidades es bastante asimétrica, ya que resulta muy tupida en las zonas de gran diversidad dialectal (como Asturias y ciertas regiones de los Pirineos) y es rala en zonas de fuerte nivelación lingüística (como el centro de la Península). No importa, pues, la distancia relativa entre unas poblaciones y otras —cosa que tanto preocupó a Gilliéron— sino el interés lingüístico de cada región. Se ha estudiado así el habla de 528 poblaciones en total, 276 de las cuales pertenecen al dominio lingüístico del castellano, 156 al dominio del gallego-portugués, y 96 al del catalán.¹⁶

Dado que el territorio total objeto de las encuestas asciende a 589.076 kms², en los que habitan unos 35.809.000 de personas, resulta ser el ALPI uno de los atlas menos tupidos de la Rumania: en él se ha estudiado una localidad por cada 1.115 kms² y por cada 67.820 habitantes, en tanto que en el AIL se está estudiando una población por cada 310 kms² y por cada 40.000

dire où je dois cesser de poser telle ou telle question? Et, de plus, il y a des mots qu'on croit être employés seulement dans la plaine, tandis qu'ils vivent même dans les régions montagneuses" (*La dialectologie*, p. 605).

¹⁵ Cf. M. ALVAR, *Los nuevos atlas*, pp. 36-42; en especial, p. 38.

¹⁶ En detalle, la Península entera fue dividida en siete zonas dialectales: 1. Galicia (dentro de la cual se estudiaron 52 localidades); 2. Portugal (93 localidades); 3. Asturias, León y Extremadura (78 poblaciones); 4. las dos Castillas y la provincia de Albacete (90 lugares); 5. Andalucía y la provincia de Murcia (71 poblaciones); 6. Navarra y Aragón (40 localidades); y 7. Cataluña, Valencia, Baleares, Andorra y el Rosellón (104 localidades).

habitantes.¹⁷ En la elección de las poblaciones, los directores del ALPI dieron su preferencia a los pueblos pequeños, y decidieron prescindir de las capitales de provincia y de las ciudades grandes.¹⁸ Se trataba, con ello, de recoger el habla y la cultura popular tradicionales en toda su pureza, ya que muchas poblaciones pequeñas se mantenían "casi incontaminadas de la influencia de las formas más regulares y uniformes de las poblaciones importantes" (cf. *Introducción*). En esto seguían los autores del ALPI la opinión, quizá ya superada, de Gilliéron. El habla de las capitales fue ya tenida en cuenta en el AIS y, dentro de España, la ha estudiado sistemáticamente Alvar en su atlas de Andalucía. Como centros de irradiación lingüística, las grandes poblaciones deben tener para el filólogo tanta o mayor importancia que los pueblos pequeños.¹⁹

En la elección de los informantes, las únicas condiciones que exigieron los autores del atlas hispánico fueron las siguientes: que se tratara de naturales de la localidad y, siempre que ello era posible, que lo fueran también sus padres y su cónyuge; que hubieran viajado poco y que no hubiesen residido por largo tiempo en otras poblaciones; que fueran, preferentemente, analfabetos y de edad madura, pues siempre las generaciones adultas reflejan estados de lengua más arcaizantes que los de las generaciones jóvenes. Como en el cuestionario predominaban las preguntas referentes a actividades agrícolas, los encuestados fueron hombres en su mayoría, ya que las mujeres suelen conocer

¹⁷ Cf. M. ALVAR, *Historia y metodología lingüísticas*, p. 13. Alvar calcula además las siguientes proporciones: Atlas ling. de Cataluña: una localidad por cada 600 kms² y por cada 50.000 habitantes.— Atlas ling. rumano (cuestionario extenso): una por cada 634 kms² y 38.000 habitantes.— Atlas de Italia y Suiza meridional: una por cada 765 kms² y 98.000 habts.— Atlas ling. de Francia: una por cada 830 kms² y 64.000 habts.— Atlas ling. rumano (cuestionario normal): una por 840 kms² y 50.000 habts.

¹⁸ Aunque Tomás Navarro proyectaba, al parecer, que se hiciera también el estudio de las hablas urbanas (cf. M. SANCHIS, *La cartografía*, p. 55).

¹⁹ Cf. M. ALVAR, *Los nuevos atlas*, p. 56 y n. 96, donde remite al importante libro de J. Séguy, *Le français parlé à Toulouse*, Toulouse, 1950.— Al preparar su ALEA, Alvar exploró "todas las capitales y, cuando menos, dos cabezas de partido por provincia" (*op. cit.*, p. 41). Por mi parte, tengo la convicción de que el estudio dialectal del habla mexicana podría empezar a hacerse por la capital de la República, y continuar luego por el habla de Guadalajara, Puebla, Oaxaca y otras ciudades importantes, que quizá se revelarían como cabeceiras de diferentes zonas dialectales, hasta hoy desconocidas, desgraciadamente, por falta de estudios rigurosos.

muy parcialmente ese tipo de actividades. Pocas observaciones podrían hacerse a este respecto; los criterios de selección parecen enteramente acertados, al menos en principio, pues si bien S. Pop se muestra más exigente en lo que se refiere a las condiciones que debería reunir el informante ideal,²⁰ para Bottiglioni, en cambio, ese detalle debe resolverlo, de acuerdo con las distintas circunstancias propias de cada caso y lugar, el investigador mismo. Creo, en efecto, que, si bien los requisitos señalados por Sever Pop pueden servir como orientación o guía general, válida quizá para gran número de casos, la decisión final en otros muchos quedará a cargo del buen sentido y de la capacidad e intuición del encuestador.

Más discutible y discutido ha sido el punto referente al número de informantes que se deben consultar en cada localidad. Desde Gilliéron, la mayoría de las encuestas se han cubierto con un solo informante, y tal es el procedimiento que recomienda S. Pop.²¹ Por mi parte, creo que esto no es acertado; el informe único, individual, puede ser deforme o incompleto, cuando no equivocado. Atenerse estrictamente a una sola respuesta en cada caso, pecaría de ingenuo, aunque es preciso admitir que resulta cómodo para el investigador. Al hacer una encuesta, no se trata de documentar escrupulosamente el habla *individual* de un solo nativo, por representativo que éste sea de su zona dialectal, sino que se trata de recoger el habla *común* o *normal* de una localidad, y resultaría absurdo pretender que un solo individuo pudiese representar a la perfección la totalidad del habla dialectal. Sería como tratar de hacer una gramática descriptiva de una

²⁰ Cf. *La dialectologie*, pp. 723-725. En resumen, son las siguientes: 1. Que el informante sea originario de la población estudiada; 2. que lo sean sus padres; 3. que también lo sea el cónyuge; 4. que posea alguna propiedad rural, por insignificante que sea; 5. que se dedique a las labores agrícolas; 6. que nunca haya residido durante mucho tiempo lejos de su pueblo natal; 7. que sea analfabeto o que haya recibido poca instrucción; 8. que no muestre afectación al hablar; (la condición nº 9 se refiere a circunstancias muy particulares de Rumanía); 10. de ser posible, que no haya hecho el servicio militar; 11. que no haya vivido en el extranjero; 12. que sea de inteligencia despierta; 13. que conserve bien la dentadura (a efectos de la pronunciación); 14. que no padezca ninguna enfermedad (crónica); 15. que tenga entre 30 y 60 años; 16. que pertenezca al sexo femenino (las mujeres le parecen mejores informantes que los hombres).

²¹ *Op. cit.*, p. 1162.- Con un solo informante por cada población se hizo el ALF, el ALC, el AIS y así se proyectó el ALI y se han hecho otros atlas.

lengua basándose exclusivamente en el *habla* de una sola persona, por culta —desde el punto de vista lingüístico— que ésta fuese, y por muy rico y variado que fuera su léxico y su capacidad de construcción sintáctica. Es cierto que muchos de los atlas más importantes hasta ahora realizados se han hecho utilizándose las respuestas de informantes únicos en cada localidad... pero asesorados por otras personas de su misma habla. Así, en el AIS, se ha interrogado normalmente a "un solo sujeto por cada punto, aunque en presencia de otras personas, cuyas intervenciones se han podido tener en cuenta" (cf. COSERIU, *op. cit.*, p. 18). Bottigliioni, al preparar el ALEIC, se sirvió también de una fuente única en cada lugar, pero admitiendo la colaboración de otros informantes que pudiesen iluminarla o corregirla (cf. su *art. cit.*, p. 154). También O. Bloch utilizó en su *Atlas linguistique des Vosges méridionales* un solo informante *principal*, pero completaba sus respuestas con las de dos... y a veces hasta seis informantes secundarios. Y lo mismo podría decirse del ALEA de Alvar: aunque, en principio, también este experimentado dialectólogo considera "imprescindible la elección de un solo informador" (y aun aconseja que el interrogatorio se lleve a cabo en ausencia de cualquier tipo de testigos), admite inmediatamente que siempre "hay algunos huecos que rellenar" (M. ALVAR, *Los nuevos atlas*, p. 54). Los autores del ALPI han empleado un procedimiento de encuesta que me parece muy acertado: "Las encuestas fueron realizadas, casi siempre, con dos sujetos informantes y por un equipo de dos transcripores. Comenzaba el interrogatorio trabajando conjuntamente ambos transcripores con ambos informantes, hasta que descubiertos los rasgos básicos del habla local y ganada la confianza de los sujetos, se dividía la labor, y cada transcriptor interrogaba a uno de los sujetos informantes separadamente. Más tarde, se intercambiaban los transcripores a los sujetos, para comprobar o rectificar las contestaciones dudosas e insistir en las preguntas en que no se había obtenido respuesta, para lo cual se solía procurar también el concurso de otros informadores complementarios" (*Introducción*). Claro que los investigadores del atlas peninsular no podían olvidar que el habla de una población está constituida, no sólo por el léxico de carácter general y el estrictamente agrícola, sino también por el de otras actividades de muy diversa naturaleza, que podríamos calificar de "especializadas" (como la carpintería, herrería, alfarería, etc.); para cubrir esos aspectos de la vida popular, los encuestadores acudían al procedimiento seguido también por Alvar durante el período

de encuestas para el atlas de Andalucía. Todo lo cual supone la pluralidad de informantes imprescindible para que el atlas refleje el estado real de un dialecto y no la modalidad particular de uno solo de sus hablantes.²² El estudio del habla de las ciudades grandes exige, ineludiblemente, la consulta de varios informadores: personas de distinta posición cultural, representantes de las *jergas* de determinados barrios, conocedores de lenguajes especializados diferentes, hablantes de diversas generaciones (para descubrir en qué grado de desenvolvimiento se encuentran las innovaciones). Detalles éstos que no afectan al ALPI, por cuanto que en su realización se ha omitido, como hemos visto, el estudio del habla urbana. Lo único que acaso pudiera lamentarse en la elaboración del ALPI sería, a este respecto, la relativa discriminación para con las mujeres con que se ha actuado. Como bien señala Alvar, "las mujeres son, unas veces, conservadoras de arcaísmos lingüísticos, mientras que, en ocasiones, llevan la iniciativa en la innovación".²³ Como antes vimos (n.

²² Creo que, inclusive para las cuestiones fonéticas, es preferible la multiplicación de los informantes. Es muy posible que un mismo fonema presente dos o más variantes de realización en boca de las distintas personas encuestadas. Pues bien, creo que habría que tratar de tenerlas todas en cuenta y que, en casos de alternancia como éstos, habría que aumentar mucho el número de informantes, con el fin de descubrir la proporción relativa de cada variante. ¿Que esto complicaría muchísimo las cosas? ¡Indudablemente! Pero siempre será mejor dedicar tiempo y esfuerzo a conocer la situación *real* de un habla, que seguir el camino más cómodo de la simplificación falseadora. Supongamos que en una localidad se advierte la coexistencia de tres variantes sistemáticas de /a/: una palatal [a], otra media [a] y otra velar [a]; imaginemos que los investigadores sienten el escrúpulo de calibrar debidamente el fenómeno, para lo cual se ven precisados a entrevistarse con un número elevado de los habitantes del lugar, hasta llegar a la conclusión de que la variante [a] se produce en un 60 % de los hablantes, la forma [a] en un 25 % y la última [a] sólo en un 15 %. Es indiscutible que para llegar a esta conclusión habrán tenido que gastar mucho tiempo y no poco esfuerzo, pero ¿no es eso preferible a que dieran como forma propia del dialecto la menos empleada [a] por la simple circunstancia de que ésa fuera la modalidad practicada por el informador *único* utilizado?

²³ Cf. *Los nuevos atlas*, p. 54. El mismo Alvar ha publicado un interesante artículo en el que muestra la evidente distinción entre el habla de hombres y mujeres en una misma localidad: "Diferencias en el habla de Puebla de don Fadrique (Granada)", *Rev. de Filología Española*, XL (1956), pp. 1-32. También GREGORIO SALVADOR hace observaciones similares en su trabajo sobre "Fonética masculina y fonética femenina en el habla de Vertientes y Tarifa (Granada)", *Orbis*, I (1952), pp. 19-24. Añado un ejemplo mexicano: la asibilación de la -r final y de la r-, que hoy se va generalizando poco a poco, fue

19), Sever Pop prefería el testimonio de las mujeres, precisamente por considerar su habla "más conservadora", y también por el hecho de que ellas conocen, lógicamente, mucho mejor que los hombres ciertos aspectos del vocabulario doméstico.

Otro de los problemas más debatidos entre los que plantea la confección de un atlas lingüístico es el que se refiere al número de los investigadores que deben llevar a cabo la tarea, así como la conveniencia de que los encargados de hacer las encuestas sean —o no— lingüistas profesionales. Esta última cuestión está ya unánimemente resuelta: aunque Gilliéron sostuviese que el encuestador no debía ser, de ningún modo, lingüista profesional,²⁴ todos los atlas que se han hecho después del ALF son obra exclusiva de lingüistas especializados. El Atlas peninsular es el fruto de los esfuerzos de algunos de los mejores filólogos españoles y portugueses de este siglo. En cambio, la primera cuestión no parece haber sido definitivamente resuelta todavía. Siguiendo a Gilliéron, son muchos los lingüistas que se han lanzado a preparar atlas por sí mismos, sin solicitar la colaboración de ningún colega. Investigador único ha tenido el

en sus comienzos —no hace muchos años— articulación característica y exclusiva de las mujeres, como yo pude apreciar y como constata D. L. CANFIELD en su librito sobre *La pronunciación del español en América*, Publicaciones del Inst. Caro y Cuervo, Bogotá, 1962, p. 88. De la rapidez de propagación del fenómeno son prueba las afirmaciones de JOSEPH H. MATLUCK (*La pronunciación en el español del Valle de México*, Tesis doctoral, México, 1951): la asibilación de *ɾ* comenzaba apenas a producirse entonces y se daba sólo ocasionalmente, sobre todo condicionada por *t* o *d* anterior. Hoy se produce sobre todo asibilación de *r* en posición final de palabra y también de *ɾ* inicial, tanto como sonido sonoro cuanto sordo, y sigue siendo todavía más propio del habla femenina que de la masculina, aunque ya se ha propagado mucho a ésta.

²⁴ Recordemos que las encuestas del ALF fueron hechas, no por Gilliéron, sino por E. Edmont, hombre de oído sumamente sensible, pero carente de preparación filológica, con el fin de que pudiera recoger los datos sin dejarse influir por prejuicios de ninguna naturaleza ni por ideas preconcebidas o aprendidas en las aulas. El principio de Gilliéron era, a este respecto, el siguiente: "L'Atlas ne devait pas être l'œuvre d'un linguiste; s'il était l'œuvre d'un linguiste ou de nous-même, il ne présenterait pas les mêmes garanties de désintéressement et serait un bloc déjà dégrossi en vue d'une œuvre encore indéfinie" (cf. S. POP, *La dialectologie*, p. 120). También parece aceptar el hecho de que los resultados obtenidos por un encuestador *nativo* de la zona estudiada son superiores a los que alcanza un investigador extraño a ella (cf. BOTTIGLIONI, "La geografía lingüística", p. 153). Este principio parece haberse seguido en el caso del ALPI (cf. SANCHIS, *La cartografía*, p. 61).

atlas de Cataluña: Antoni Griera. También el de Córcega ha sido obra de un solo hombre, al mismo tiempo director y ejecutor: Gino Bottigliani. Asimismo Tomás Navarro fue el único responsable de las encuestas realizadas para el pequeño atlas de Puerto Rico. Al fin de cuentas, también el atlas de Rumanía puede considerarse como obra de investigador único, pues si bien Puşcariu encargó las encuestas a *dos* investigadores, Pop y Petrovici, cada uno trabajó *independientemente* en una red *distinta* de localidades y manejando cuestionarios *diferentes*.²⁵ Un solo encuestador, Ugo Pellis, debía encargarse de hacer todo el acopio de materiales para el *Atlante linguistico italiano*, si bien su fallecimiento, ocurrido antes de que pudiese dar cima a la empresa, obligó a designar otro encuestador.

Por el contrario, ya al proyectar su AIS, los profesores Jaberg y Jud pensaron en la conveniencia de repartir el trabajo de recolección de materiales entre varios investigadores, y así, efectivamente, se llevó a cabo la tarea: P. Scheuermeier se encargó de visitar más de 300 localidades de Suiza y del norte y centro de Italia; G. Rohlfis investigó 81 poblaciones de la Italia meridional y de Sicilia; y finalmente M. L. Wagner se hizo cargo de las 20 localidades correspondientes a Cerdeña. Claro que con esta distribución lo que se hacía no era, en realidad, el estudio combinado, en equipo, de una misma zona, sino la exploración individual, con encuestador *único*, de tres zonas diferentes que luego entrarían a formar parte de un todo. Es decir, que se fragmentó en tres partes o regiones un territorio excesivamente grande para una sola persona, y se encargó su estudio respectivo a tres investigadores distintos, encuestadores únicos de cada región. El nuevo atlas de Francia (NALF) está planeado, según vimos, como empresa de diversos investigadores, cada uno de los cuales deberá estudiar una región distinta. Y en el Atlas de la Gascuña, Séguy contó con la colaboración de 16 investigadores. Éste ha sido el camino escogido por los autores del atlas hispánico. En sus encuestas han participado siete lingüistas: desde sus comienzos, Aurelio M. Espinosa, Lorenzo Rodríguez Castellano, Manuel Sanchis, Aníbal Otero, Francisco de B. Moll y Armando Nobre de Gusmão; a ellos se unió últimamente Luis F. Lindley Cintra, quien se encargó de acabar las encuestas

²⁵ Emil Petrovici contó con la colaboración de tres investigadores para realizar las encuestas correspondientes a cinco localidades; esta cifra, en un total de más de 80 poblaciones, resulta insignificante, y no permitiría suponer que el ALR—II sea obra de varios encuestadores.

pendientes en Portugal. Estos investigadores han trabajado casi siempre en equipo —normalmente por parejas²⁶— con el fin de confrontar sus interpretaciones y de ayudarse mutuamente para dar menor margen de entrada a posibles errores.

¿Qué solución será preferible? En principio, parece mucho más deseable la encuesta realizada por un investigador único. La uniformidad que así podría alcanzarse correspondería mejor a la condición de "fotografía lingüística" que se suele considerar indispensable en los atlas dialectales. Por el contrario, "la pluralidad de encuestadores atenta, como es lógico, a la unidad de transcripción; por muy fino que sea el oído de varios colectores, es difícil que no se produzcan desajustes".²⁷ Frente a esta verdad incuestionable se yergue otra razón no menos digna de

²⁶ Aunque no siempre se ha practicado este prudente agrupamiento: Anibal Otero realizó 51 encuestas solo, sin formar equipo con nadie; lo mismo hizo A. M. Espinosa en 16 ocasiones, y también Rodríguez Castellano (5 encuestas) y Sanchis Guarnier (3 encuestas). Por el contrario, en 19 ocasiones el equipo de encuestadores estuvo formado por tres filólogos, Otero, Cintra y Sanchis. Las localidades visitadas por cada uno de los investigadores aparecen indicadas en el mapa nº 5 del ALPI.

²⁷ Cf. M. ALVAR, *Los nuevos atlas*, p. 47. Por ello no deja de sorprender la finura de matices acústicos que se refleja en el alfabeto fonético puesto al comienzo del tomo I del ALPI. Se consignan allí multitud de variantes del fonema /e/ —sirva de ejemplo—, algunas tan próximas entre sí como las siguientes: *e* vocal anterior media [e]; *e* abierta, vocal anterior más abierta que la *e* [e̞]; *e* abierta con tendencia a media; *e* media con tendencia a abierta; *e* dobleabierta, más abierta que la *e̞*; *e* intermedia entre la *e* abierta [e̞] y la *e* dobleabierta. Supongamos que pueda haber una persona dotada de un oído tan fino que sea capaz de distinguir *sistemáticamente* y sin incurrir en errores toda *e* "abierta con tendencia a media" de la *e* "media con tendencia a abierta"; lo que no creo que resulte tan fácil de suponer es que *siete* personas distintas —aunque la mayor parte de ellas haya sido entrenada por un fonetista de la capacidad de Tomás Navarro— puedan distinguir *uniformemente*, sin discrepancias, y al simple oído, sin el concurso de las máquinas acústicas que hoy están apareciendo continuamente, el matiz preciso de cada una de esas variantes. Tal uniformidad de percepción me parece que rebasa las posibilidades del aparato acústico humano, y que lo más probable sería que lo que un investigador, situado en el norte de España, interpretara como "dobleabierta, más abierta que la *e̞*", otro encuestador, situado en el occidente de Andalucía, lo interpretase quizá como "intermedia entre *e* abierta y *e* dobleabierta". O viceversa. Como bien recuerda M. Alvar en el lugar mencionado al principio de esta misma nota: "Bien lo experimentamos en nuestro propio cuerpo: el explorador no es una máquina; se cansa, se pone nervioso, se distrae alguna vez. Y esto es imposible

consideración: el factor tiempo. Si cinco investigadores, pongamos por caso, tardasen ocho años en explorar la quinta parte a cada uno de ellos correspondiente de un territorio determinado, un solo investigador que tratara de recorrer, solo, todo ese territorio tardaría lógicamente unos 40 años. Si con el concurso de siete investigadores se necesitó más de un cuarto de siglo para completar las 528 encuestas del ALPI, imaginémosnos cuánto tiempo habría sido preciso esperar para que un solo encuestador hubiera llevado a feliz término tan ingente tarea. El *Atlas lingüístico de Andalucía* "fue planeado para que las exploraciones las hiciera un solo investigador" (ALVAR, *op. cit.*, p. 45), mas pronto se tuvo que abandonar tal propósito, debido a razones de tiempo. Quizá, pues, no haya otro remedio que optar por la pluralidad de investigadores, como se ha hecho en el caso del ALPI. Del mal, el menos. Así lo recomienda, para países muy extensos, dialectólogo tan solvente como Bottiglioni, pues considera que siempre es posible conseguir uniformidad de procedimientos y de resultados en el trabajo de varios exploradores encargados de zonas distintas (cf. *art. cit.*, p. 153). Otra cosa muy diferente —y sin duda atinadísima— es que cada región sea explorada por un *equipo* de dos encuestadores, que se ayuden y complementen recíprocamente, como se ha hecho con todo acierto en el ALPI.

Cuestión quizá secundaria es la que plantea Manuel Alvar en el librito mencionado líneas arriba: la de si el director de un atlas lingüístico debe participar sistemáticamente en las encuestas o no. Ninguno de los directores de los atlas nacionales se ha ocupado en ello; sólo los pequeños dominios han sido explorados por el propio director del atlas correspondiente: Bottiglioni en Córcega, Griera en Cataluña y Alvar en Andalucía (si bien este último contó con la colaboración estrecha de otros dos lingüistas). De cualquier forma, parece lógico suponer que el director de una empresa debe conocer, por propia experiencia, todos los aspectos de la tarea que le ocupa. Y no sólo para que

de prever. Cada uno de estos pequeños desajustes actúa en forma distinta sobre cada una de las personalidades diferentes; como consecuencia, la variedad de los yerros se multiplica por tantos exploradores como participan." Contrasta, en cierto modo, con esa precisión fonética de que hace gala el alfabeto utilizado en el ALPI, la afirmación incluida en la *Introducción* del mismo volumen: "Se estimó conveniente simplificar en algunos casos las transcripciones fonéticas sacrificando ciertos matices, con el doble fin de unificar el criterio de los transcritores y de facilitar la lectura de las notaciones."

su ejemplo sirva de estímulo a sus colaboradores, sino sobre todo para estar en disposición de resolver, con cabal conocimiento de causa, todos los problemas que puedan presentarse.²⁸ Claro que una amplia experiencia previa puede hacer innecesaria tal participación material. Éste debe de ser el caso del profesor Navarro, director del ALPI, que sólo tomó parte en dos encuestas, acompañando al profesor Espinosa.

Termino estas rápidas líneas con algunos breves comentarios más sobre ciertas particularidades del *Atlas lingüístico de la Península Ibérica*. Dentro de sus límites se incluye el Rosellón, pues si bien este territorio pertenece a Francia desde 1659, en él se sigue hablando el catalán como lengua autóctona; por la misma razón se ha incluido también el principado de Andorra. En cambio, queda fuera de los mapas el Valle de Arán, porque, aun formando parte de la provincia catalana de Lérida, su habla, el aranés, es una variedad dialectal del gascón, dialecto perteneciente al grupo galorrománico. De la región vasca sólo se han tomado en cuenta las zonas en las que se habla exclusiva o casi exclusivamente el castellano, de tal manera que la provincia de Guipúzcoa ha quedado enteramente al margen del ALPI y sólo se ha realizado la encuesta en una localidad de la de Vizcaya. De las regiones insulares de habla hispánica únicamente se han incorporado al ALPI las islas Baleares, adonde se trasplantó el catalán ya en el siglo XIII; en cambio, no se tomaron en consideración ni las islas Canarias ni las portuguesas de Açores y Madeira; tampoco se exploró el catalán hablado en Alguer, pequeña población de la isla de Cerdeña. La omisión de las Canarias, en particular, puede parecer algo injustificada; se alega que a aquellas islas llegó el castellano en época relativamente tardía,²⁹ pero por esa simple razón cronológica no se

²⁸ "Quien dirige, creo, debe participar en las tareas más penosas. No solo por el valor ejemplar que para los otros colaboradores tiene ver la solidaridad en el sacrificio, sino porque el campo es la mejor escuela para todos. Conociendo hasta el último detalle todos los problemas que surgen sobre el terreno, se pueden elaborar mejor y sin yerros los mapas que luego se publican. Las anomalías, las incongruencias, los absurdos que el explorador anota, cobran luz cuando el director de la obra tiene conciencia de lo que ocurre en la realidad animada" (M. ALVAR, *Los nuevos atlas*, pp. 50-51). Tengo entendido que, en el marco de los atlas nacionales, extensos, se está dando el caso de un director que es a la vez encuestador activo; me refiero a Luis Flórez y a su trabajo personal en el atlas de Colombia.

²⁹ Es la misma causa que se aduce para explicar la omisión de las islas de habla portuguesa y de la ciudad de Alguer, cosa que extraña un tanto, ya que los catalanes llegaron a la isla de Cerdeña

justificaría de ningún modo que se hubiesen excluido todos los territorios andaluces pertenecientes al último reino árabe de Granada, en donde el castellano se implantó con casi un siglo de retraso respecto de las Canarias. Que las verdaderas razones de esa omisión deben de haber sido otras (tal vez dificultades materiales, lejanía de las islas, falta de tiempo) lo prueba la afirmación de que se proyecta estudiar todas esas zonas en cuanto sea posible, para incorporarlas al ALPI en anejos. Esperemos que así se haga en un futuro no muy remoto, ya que el habla canaria tiene un gran interés para el español de América, como forma de transición entre las modalidades peninsulares y las hispanoamericanas.

Hay que estar enteramente de acuerdo con lo que sostiene el profesor Sanchis respecto de la necesidad de conceder toda la importancia que merecen las variantes fonéticas, y no exclusivamente las fonológicas: "Ninguna modificación fonética carece, en realidad, de significación, pues si no afecta al sentido ideológico de la palabra, representa en cambio diferencias de procedencia, de cultura, de afectación o descuido, las cuales desempeñan un papel claramente importante y activo en la comunicación oral... Lo anticientífico sería, por ejemplo, no querer transcribir la diferencia de articulación, claramente perceptible, entre la *š* apical castellana y catalana, y la *s* predorsal andaluza, francesa, etc." (*La cartografía*, pp. 64-65). Si en el plano de la lengua, del sistema, esas diferencias fonéticas carecen de verdadera transcendencia, en el terreno del habla, dentro de los dominios de la dialectología y aun de la lingüística general (no de la gramática), son absolutamente fundamentales. Claro que sobre esas notacionese fonéticas podrán levantarse estudios de alcance fonológico, pero esta tarea deberá realizarse posteriormente, y no por el propio interrogador mientras se encuentra ocupado en recoger, con la mayor fidelidad posible, los datos orales.³⁰

durante la última parte del siglo XIII, época que no puede considerarse verdaderamente tardía. Las islas portuguesas del Atlántico fueron descubiertas a comienzos del siglo XV, durante el reinado de Juan I.

³⁰ "La determinación fonológica de cada notación (esto es, cuando el sonido se convierte en fonema) debe ser resultado de una colaboración posterior; es demasiado arriesgado pretender que el colector pueda determinarlo sobre el terreno" (SANCHIS, *ibid.*). Claro que esto no obsta para que se incluya "una serie de preguntas de orientación fonológica en los actuales cuestionarios" (ÁLVAR, *Los nuevos atlas*, p. 71).

El primer tomo del ALPI está formado por un total de 75 mapas, todos ellos impresos con una gran nitidez; en el mapa número 1 se indican y numeran todas las poblaciones estudiadas;³¹ en el nº 2 se proporciona la transcripción fonética de sus denominaciones locales; en el 3 se recogen los gentilicios correspondientes a gran número de las poblaciones (no de todas ellas, cosa que no queda explicada); en el 4 se marcan los límites de las diversas lenguas hispánicas y se proporciona el nombre dialectal de algunas hablas locales (tampoco de todas ellas); en el nº 5 se indica el nombre de los investigadores que llevaron a cabo las encuestas en cada localidad; y a partir del nº 6 comienzan los mapas de palabras,³² desde *abeja* hasta *eje*.

Hagamos votos por que la publicación del ALPI se continúe rápida e ininterrumpidamente,³³ y felicitamos con entusiasmo a todas las personas que han contribuido, de una manera o de otra, a la realización de esta magna empresa.

J. M. LOPE BLANCH

³¹ De las cuales 427 corresponden políticamente a España, 93 a Portugal, 7 a los territorios de Francia en que se habla catalán, y 1 a Andorra.

³² Todos los mapas de la sección fonética se irán publicando en orden alfabético; los de la sección léxica se agruparán por materias, según un criterio etnográfico. Las voces estudiadas en este primer tomo son: *abeja, abrevadero, abuelo, acero, agua, aguijón, aguja, ahogarse, aire, andar, araña, árboles, asa, avispa, ayer, ayunar, azada, baile, baúl, blanco, boca, brazo, buey, caballo, cabeza, caer, caja, camino, cántaro, caña, caracol, castillo, causa, cazador, cazuela, cejas, cepa, cereza, cerrojo, chinche, cincha, cinco, clavo, cocina, cojo, coz, cresta, crin, cruz, cuadrado, cuatro, cuchara, cuchillo, cuero, cuévano, cuñados, decirlo, dedo, derecho, desbocado, desnudo, deudas, diario, diente, diez, doce, los domingos, ¿dónde?, dulce y eje*. Se ha procurado que los conceptos elegidos para la sección de fonética se expresaran con palabras de igual etimología en todas las lenguas y dialectos hispánicos, con el fin de que fuera fácil establecer confrontaciones directas, de todo tipo, entre unos y otros.

³³ Se anuncia la publicación de un libro "en el que figurarán todos los detalles de las localidades estudiadas y los sujetos informadores, así como todas las observaciones relativas a cada mapa, con las variantes fonéticas, cambios de acepciones, noticias sobre la vitalidad de las formas, etc.". Aunque se proyectaba publicar este libro en fascículos que deberían aparecer al mismo tiempo que los volúmenes de los mapas, no he visto todavía el fascículo correspondiente al tomo I, ni creo que haya aparecido aún. Esperemos que llegue pronto a nuestras manos tan indispensable instrumento de trabajo.